

Matías Díaz Padrón (1935-2022)

Ya me ha pasado otras veces. Se presentan ocasiones en las que siento con singular pujanza la necesidad de contar con las palabras justas, con las más apropiadas para dar forma, con toda verdad y sin perder el equilibrio, al remolino de ideas que no para de girar en mi cabeza. Pero esas palabras no aparecen y en su lugar, el caos sigue aumentando, cebado por nuevas imágenes que llegan y se agolpan, ansiosas de hallar su puesto en un discurso todavía demasiado impredecible. Tal es el sentimiento que me aborda al aceptar el encargo de despedir a Matías —el profesor, el compañero, el colega, el maestro... el Amigo— en las páginas de *Philostrato*, de su revista, de esta semilla postrera que sembró en nosotros y para la comunidad puesto ya casi *el pie en el estribo*, brindando otra lección magistral de vocación, arrojo y energía. Los recuerdos, todos buenos —es una de las ventajas de las relaciones intermitentes—, se atropellan en mi mente despuntando una sonrisa, la misma que se vuelve carcajada cuando los comparto, como tantas veces, con algunas de las personas que le fueron tan queridas y que son también piezas esenciales en el mecanismo de mi propia vida. Y más allá de lo afectivo, su magisterio brilla como una luz permanente, como una guía constante que encauza la pesquisa y el esfuerzo para los que, como él, nosotros mismos vivimos.

Matías Díaz Padrón nos dejó el 22 de noviembre de 2022, a los ochenta y ocho años. Había nacido en Valverde, en la isla de El Hierro, el 21 de junio de 1935. Vino al mundo como el verano, en esa fecha señalada que sugiere una metáfora de su paso por la vida. Llegó como el solsticio, abriendo un tiempo de cosecha y abundancia, llenando de fruta fresca y fragancia duradera las trojes de las disciplinas en las que su trabajo fue pionero. Muy niño todavía, su familia se establece en Las Palmas de Gran Canaria, donde comienza en serio su formación en las aulas del flamante colegio José de Viera y Clavijo, fundado en 1932 para llenar con espíritu laico la laguna que dejaba la supresión de la enseñanza religiosa. Más adelante, se hará con los rudimentos de la escultura de la mano del maestro Abraham Cárdenas, dando muestras de un original estilo que, con todo, no llegó a madurar. Y por los mismos años, atisbará las delicias de un pensamiento libre, rebelde y provocador al acercarse a la Iglesia Cubana, a ese grupo de jóvenes irreverentes que, en la medianía de aquella época gris y en lo provinciano de su entorno insular, buscaba una manera sutil de cuestionar —hasta la burla— las convenciones más estrechas de la religiosidad y el modelo social vigente.

Su formación como historiador del arte principia en la Universidad de La Laguna, donde cursa los primeros años de comunes, antes de trasladar su expediente a la Complutense de Madrid, en la que obtiene la licenciatura y supera los cursos de doctorado. En 1976 alcanza el título de doctor con su tesis —merecedora del premio extraordinario— *La pintura flamenca del siglo XVII en España*, que dirigió don Diego Angulo. Diez años antes había comenzado a ejercer como docente, primero en la Universidad Complutense (1967-1976) y, más adelante, en la Autónoma de Madrid (1989-1995). Experiencias a las que hay que unir su labor en el Instituto Central de Restauración, al que llegó en 1970. En él fue responsable, al lado de Gratiniano Nieto, pronto rector de la Universidad Autónoma, de la organización práctica del centro, así como de la formación de numerosas promociones de jóvenes restauradores, marcadas por su personal visión de la historia del arte y la conservación del patrimonio cultural. Al mismo tiempo, su vocación científica siempre se demostró incansable, dentro del ámbito universitario y, sobre todo, cerca del Instituto Diego Velázquez del CSIC. En él fue colaborador científico desde 1980, al lado de su maestro Angulo y de sus amigos y compañeros de clase Isabel Mateo Gómez y Alfonso Rodríguez Gutiérrez de Ceballos, entre otros muchos colegas. De su vínculo, incluso emocional, con este centro, dan cuenta sus frecuentes apariciones en *Archivo Español de Arte*, revista depositaria de una parte considerable de su producción, o su asidua participación en las *Jornadas de Arte* organizadas por el instituto de forma bianual.

Por fin, en 1980, accede al Cuerpo Superior de Conservadores de Museo del Estado, en calidad de conservador jefe de pintura flamenca, holandesa y de las escuelas del norte del Museo del Prado, la institución y el empeño con los que más habitualmente identificamos su nombre. Y es que cuando se incorpora a este centro, en el que culminará su vida laboral, acarrea ya una historia prolija de colaboraciones con él. En 1967 había identificado la Inmaculada del marqués de Leganés, que Rubens pintara en 1628, lo que le valió una beca del Museo en 1970 para el estudio de los fondos de sus almacenes. Más adelante, en 1975, firma el primero de los catálogos razonados del Prado, el de la Escuela Flamenca del siglo XVII, y dos años más tarde, en el 77, es designado por el Ministerio de Cultura comisario de la exposición conmemorativa del cuarto centenario del nacimiento del genio de Amberes. Sobre estas mimbres, desarrollará ya en el cargo una tarea científica y gestora de admirable magnitud que incluye, además de numerosos estudios, descubrimientos y atribuciones, el resto de los catálogos razonados de las colecciones a su cuidado y, en 1992, la curaduría de la muestra *David Teniers, Jan Brueghel y los gabinetes de pinturas*, con su magnífico catálogo del mismo año.

Junto a las ya mencionadas, es preciso recordar exposiciones tan relevantes como *Splendeurs d'Espagne et les villes belges, 1510-1700*, que tuvo lugar en Bruselas en 1985; o *Rubens y su siglo*, celebrada en Ciudad de México en 1998 y al año siguiente en Ferrara. A todo ello se añade, siempre sin entrar en la marea de sus artículos en publicaciones periódicas, la firma de monografías de tanto peso como *El siglo de Rubens en el Museo del Prado* (1995), estudio y catálogo definitivo de la colección, premiado por el Ministerio de Cultura como el libro de arte mejor editado de ese año; o las dedicadas a *Van Dyck en España* (2012) y *Jacob Jordaens*

y *España* (2018), monumental resultado de sendas investigaciones llevadas a cabo bajo el auspicio del Instituto Moll, de Madrid, publicadas con primoroso esmero por Prensa Ibérica.

De la magnitud de sus aportaciones, dan cuenta reconocimientos tan prestigiosos como el premio Europa Nostra, obtenido en 2014, o la propuesta para el Príncipe de Asturias de 2002. También su nombramiento como Comendador de la Orden de Leopoldo II de Bélgica, la Medalla de Oro de Canarias (2002), el premio Gabarrón (2007) y el premio Canarias (2008); así como su pertenencia a la Académie Royale d'Archéologie de Belgique y a la Real Academia Canaria de Bellas Artes de San Miguel Arcángel. En definitiva, una aportación científica gigantesca, una contribución determinante a la historia del arte que trasciende su especialidad en pintura flamenca de los siglos XV al XVII, para añadir brillantes precisiones también al conocimiento de la pintura española de la edad moderna, habiendo encontrado en sus genios —Ribera, Velázquez, Murillo— nuevos e inagotables objetos de estudio.

La recta final de su trayectoria se halla profundamente marcada por su relación con el Instituto Moll, centro de investigación en pintura flamenca, del que fue director y primer presidente de honor. El Instituto, no sólo amparó algunos de sus proyectos más ambiciosos, como ya hemos visto, sino que, por encima de todo, le proporcionó un espacio desde el que seguir desarrollando su vocación una vez jubilado del Museo del Prado. Con su dilatada experiencia y obstinada inquietud, acertó a encontrar allí el medio propicio para brindar todavía muchos y sazonados frutos, algunos de los cuales se sitúan entre los más sobresalientes de su carrera. Entre ellos, algunos ya mencionados, quiero aludir con especial interés, a su iniciativa de crear y poner en marcha *Philostrato. Revista de historia y arte*, que se presenta como una prometedor realidad desde el otoño de 2017. Una revista "para publicar nuestras cosas", como él decía, que, a pesar de su andadura, aún tan corta, se perfila ya como un referente internacional en el conocimiento de la historia y el arte de la edad moderna. Presumo de ser miembro de su primer Consejo de Redacción, hoy felizmente ampliado, y me precio de sentirme parte activa de una empresa científica y editorial de tan fulgentes augurios.

Matías era una de esas personas de las que siempre se puede aprender algo. Sociable y hablador, ejercía sobre quienes lo rodeaban un magisterio inconsciente que, por supuesto, trascendía la historia del arte y penetraba las más variadas facetas de la vida. Sus opiniones, a menudo llamativas, se fundaban en el conocimiento profundo que tenía de la naturaleza humana y solían verse expresadas con ironía fina y mordaz, en ocasiones un tanto amarga, pero casi siempre propensa a rematar en sonrisa. De primeras, viendo la compleja orografía que libros, carpetas y papeles alzaban sobre su mesa; o como la sierpe inane de su bufanda era arrastrada a menudo por la acera, podía parecer caótico y distante. Sin embargo, pronto dejaba traslucir una personalidad amable, generosa y ávida de conversación. Y, con las mismas, una estructura mental limpia y de tectónica solidez.

Cuando hablaba de pintura, lucía el talento de abordar cuestiones sutiles con una seguridad capaz de despejar para siempre las incógnitas más escabrosas.

Atinaba a quintaesenciar las peculiaridades estilísticas con tal agudeza y precisión, que quienes lo escuchábamos podíamos deducir fórmulas casi infalibles con que ordenar nuestra propia experiencia. Nunca dejará de admirarme su profundo conocimiento de la cultura clásica y el olfato con que llegaba a desentrañar los mensajes iconográficos más oscuros, corrigiendo tantas lecturas erróneas repetidas por la crítica durante generaciones.

Alto y fuerte, de pelo ya blanco cuando yo lo conocí, gustaba de una indumentaria elegante, estudiada y formal, que no alcanzaba a erradicar, pese a todo, un cierto aire de fresco desaliño, expresivo de la libertad de su talante. Otro de sus rasgos más propios residía en su manera de hablar, con aquel tono suave, la voz siempre baja y la dicción silbante, que todavía se volvía más intrincada por acción del meloso acento canario que nunca llegó a perder. No era fácil seguirlo sin estar familiarizado con él. Aún recuerdo con cariño, mi sorpresa el día en que me lo presentaron y mis esfuerzos para entenderlo durante el primer desayuno que compartimos. Ahora, andado el tiempo, comprendo que aquel “hablar silencioso” concedía a su discurso una fuerza especial, una suerte de bizarro abandono que lo ennoblecía con la grandeza de la humildad.

Mi relación con Matías, por encima de todo, fue de amistad. Es cierto que me enseñó mucho acerca de pintura e historia del arte, pero también es verdad que no más que de tantos otros aspectos de la vida. Varias veces me aconsejó, como cuando pude, gracias a su orientación, atribuir a Jan Boeckhorst —Jan Lang— los cartones de los magníficos tapices de la catedral de Granada. También estuvo dispuesto a formar parte del tribunal de mi tesis doctoral y a apoyar varias de mis solicitudes con las cartas de recomendación que exigían sus bases. Pero, en suma, casi siempre jugamos en ligas distintas y nuestro vínculo más palmario, muy por encima de lo académico, fue el afectivo. De hecho, nuestro empeño científico más común ha terminado siendo *Philostrato*, en cuyas reuniones de consejo compartimos debates y propuestas, opiniones y porras, por un espacio de tiempo que, tristemente, resultó demasiado breve.

Conocí a Matías en julio de 2001, gracias a mi querida amiga, en tantos temas también mi maestra, Ana Diéguez, que por entonces trabajaba bajo su dirección, como becaria del Museo del Prado. Nuestra relación maduró desde entonces, bien que marcada por las trabas que imponía la distancia. De estos más de veinte años, almaceno recuerdos y gratitudes que siempre me han de acompañar. ¡Cuánto nos reímos, una vez pasado el susto, que, por cierto, nadie sufrió tanto como Matías, aquella vez que me caí por las escaleras del Ateneo! ¡Con qué cariño recuerdo sus espontáneos juicios de valor ante unas crepes bastantes mejorables que nos sirvieron de postre en un restaurante del centro! Como oro en paño atesoro los dibujos que me hacía —a veces en servilletas— y hasta alguno de aquellos enigmáticos mensajes, cargados de opinión, que a menudo compartía por teléfono. De todas las anécdotas posibles, que son muchas, recuerdo una con singular emoción: la de aquel día de octubre de 2019 en que, empeñados en verme con corbata, organizaron Ana y él un almuerzo para el Consejo Editorial en los ostentosos salones de la Gran Peña. Yo, naturalmente, no sabía cómo anudar aquella prenda —sigo ignorándolo, de hecho—, así que fue Matías el encargado de ponérmela, en medio una galerna de familiares risas entre las que la suya propia

destacaba. De ese día, aparte de la membranza, me quedan dos corbatas de seda, una en color rosa, con la tela dibujando finas labores; y la otra con estampado de flores pálidas sobre un fondo azul brillante. Dos corbatas que fueron de Matías y que, a día de hoy, todavía son las únicas que cuelgan de las perchas de mi armario.

Francisco Manuel Valiñas López

Consejo de redacción de *Philostrato*
Departamento de Historia del Arte — Universidad de Granada

